

ñ

Javier Lozano

Le asaltó la noticia mientras hojeaba distraídamente el periódico. Increíble. Requirió sus gafas de nácar, encendió la lámpara del saloncito, se arrellanó en el sillón floreado. No se contentó ahora con los titulares y apuró hasta la última línea. Repitió por dos veces la lectura y cerró luego el diario con un prolongado suspiro. Inaceptable, por ahí no pasaba.

Acudió al escritorio. Tomó la estilográfica negra y oro y varias hojas de papel perfumado. Elevaría su protesta a donde hubiera lugar, no daría la callada por respuesta.

Trazado el plan de batalla, comenzó a llenar el papel con su cuidada caligrafía. “Muy señores míos: Me veo en la penosa obligación de dirigirme a ustedes...” Frunció el entrecejo, sañisfecha: ese era el estilo, educado, pero enérgico. No olvidó las referencias al “glorioso siglo de oro que dejó para la posteridad obras indelebles de la literatura universal”, ni las alusiones al “camino a recorrer en común que debe basarse en el respeto a peculiaridades ancladas en siglos de historia”. Remató la faena con un pase al tendido de sol: “la supresión de la eñe en los sistemas informáticos de la Comunidad Económica Europea, sería, asimismo, una afrenta al euskara, nuestra lengua milenaria, que recurre también a ese signo gráfico”.

Finalizada la carta, la rubricó con firma ininteligible y debajo, junto al número del carnet de identidad, escribió con mayúsculas su nombre: María del Mar Gorriño. No iba a consentir que cuatro chisgarabíes de Bruselas se lo mudaran en María del Mar Gorrino.